

Nuestro Secreto Deseado

Capítulo extra

Rihanna

Nunca pensé que lloraría por un panel de yeso.

Pero aquí estaba, descalza sobre el suelo de madera de nuestra casa nueva, llevando la sudadera de Jonas, contemplando las paredes del salón bañadas por el sol con lágrimas deslizándose silenciosamente por mis mejillas.

El mismo Jonas Sullivan que solía hacerme hervir la sangre. Quien una vez actuó como si le importara un bledo todo el mundo. A quien solía considerar un niño rico engreído con más dinero que sentido común.

Ese hombre estaba ahora en la cocina, sin camiseta y tarareando desafinado mientras intentaba descifrar la cafetera que compramos pero nunca usamos porque habíamos estado fuera durante tres semanas en la Patagonia.

Tres semanas perfectas, aventureras, embriagadas de pasión.

Ahora estábamos en casa. Y ¿esto? Esto era nuestro.

Nuestro para siempre se había construido sobre una vieja rivalidad, una relación fingida y una noche tormentosa cuando todo se quebró y la verdad salió a borbotones. Ambos habíamos tenido miedo de tener esperanza.

Pero ya no teníamos miedo.

—El café va a saber a jet lag y a mi confusión —gritó Jonas desde la cocina—. Aviso.

Me reí y me limpié la mejilla con el dorso de la mano.

—Me lo tomaré. Siempre que seas tú quien lo prepare.

Apareció por la esquina con dos tazas y una sonrisa que todavía hacía que mi pulso se acelerara. Tenía un bronceado reciente de las caminatas por el glaciar, una ligera barba en la mandíbula y ni idea de lo guapísimo que estaba con esos pantalones de chándal.

Jonas se detuvo frente a mí, inclinando la cabeza.

—Estás llorando.

—No es verdad —sorbí—. Solo estoy...
abrumada.

—Te dije que podríamos pagarle a alguien para
que hiciera todo esto —dijo. Era quizás la
quinta vez que lo mencionaba.

—Y yo te dije que quiero que nuestro hogar esté
lleno de amor, y eso significa esforzarse —dije
con una risa que ayudó a contener mis
lágrimas—. Además, no estoy llorando por la
pintura y todo lo demás que aún tenemos que
hacer. Estoy llorando porque esto es nuestro. A
veces todavía no me lo creo.

—Cariño, con nosotros dos en esta casa, es un
milagro que el techo no haya volado por todo el
amor con el que la llenamos —dijo, dándome
esa mirada tierna que siempre derretía mi
corazón.

Todavía me sorprendían estos momentos de
amor y vulnerabilidad del hombre que una vez
consideré el enemigo. Las lágrimas empezaron a
brotar de mis ojos otra vez. Pasaba a menudo.

Jonas culpaba a mis hormonas. Yo le culpaba a él.

Me entregó mi taza y me acunó la mandíbula con su mano libre, pasando el pulgar por debajo de mi ojo.

—Deberías verte ahora mismo. De pie en la casa donde traeremos a nuestro bebé, con mi sudadera puesta, emocionándote por unas paredes beige.

Puse los ojos en blanco.

—No son beige. Son color piedra arenisca.

—Que es el primo elegante del beige.

Le di un codazo, pero la sonrisa que tiraba de mis labios era irremediablemente cursi.

—Es que... esto no parece real. Tú. Esto. Nosotros. Después de todo.

Su mano se deslizó hasta la parte baja de mi espalda.

—Es real, Ri. Tú eres mía. Yo soy tuyo. Y estamos en casa.

Miró alrededor como si él también estuviera asimilándolo todavía. Como si la luz rebotando en el suelo y el chirrido de la puerta principal y el leve olor a pintura y pino fueran piezas de un sueño en el que tampoco se había atrevido a creer.

—¿Quieres saber algo ridículo? —susurré.

—Siempre.

Dejé mi taza y deslicé mis manos alrededor de su cuello.

—Saqueé el altavoz de la maleta anoche. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si me entraban ganas de bailar con mi marido en nuestro nuevo salón.

Su sonrisa fue lenta y devastadora.

—Dios, cómo te quiero.

Extendí la mano detrás de mí, pulsé play, y dejé que las primeras notas de una suave canción de amor acústica flotaran en la habitación. El tipo de canción que nunca admitimos que nos

gustaba a ambos antes de enamorarnos. El tipo de canción que hace que bailar lento con calcetines se sienta como magia.

Jonas tomó mi mano e hizo una reverencia dramática.

—Señora Sullivan, ¿me concede este baile?

—Por supuesto, señor Sullivan.

Me atrajo hacia sí, una mano en la parte baja de mi espalda, la otra entrelazada con la mía. Nos balanceamos en círculos lentos y perezosos. Sin coreografía. Sin pasos complicados. Solo el ritmo de dos personas que conocían los latidos del corazón del otro mejor que cualquier compás de una canción.

—¿Recuerdas el paseo en bote en la Patagonia?

—murmuró, con voz baja y cerca de mi oído.

Sonreí.

—¿Aquél en el que juraste que no estabas mareado, solo "barrido por el viento y emocionalmente conmovido"?

—Estaba conmovido —protestó—. Por la vista. Y por tus piernas en esos pantalones cortos.

Incliné la cabeza para captar su sonrisa maliciosa.

—Vomitaste en un lago alimentado por un glaciar.

—Fue majestuoso.

Me reí, plena y luminosa.

—Esa fue la primera vez que te vi vulnerable. No me refiero a la parte del estómago, sino la forma en que me miraste después, como si ya no te importara fingir.

Se quedó callado un momento, nuestros cuerpos aún girando lentamente en la suave luz.

—No me importaba —dijo—. En algún momento entre tus manos en mi pelo y ese banco duro como una piedra donde me tumbé para recuperarme, simplemente... dejé de luchar contra ello.

Apoyé la mejilla en su pecho. —Igual. Dejó de dar miedo. Empezó a sentirse como volver a casa.

Me abrazó más fuerte, su voz más suave ahora.

—Esa noche en las aguas termales... cuando te subiste a mi regazo y me besaste como si ya fuera tuyo... Te juro, Ri, que me olvidé de que existía el resto del mundo.

Levanté la barbilla, sonriendo.

—¿Te refieres a después de hacerte esperar porque no quería perderme los cóndores volando sobre nosotros?

Gruñó juguetonamente.

—Estabas desnuda. En el agua. Sentada frente a mí. Y dijiste: "¡Mira, Jonas, pájaros!" como si estuviéramos en un maldito documental de naturaleza. Yo era un hombre destrozado.

Me reí de nuevo, pero había calor bajo esa risa.

—Te desquitaste.

—Oh, hice mucho más que eso —su mano se deslizó ligeramente más abajo, apenas un susurro de roce a lo largo de mi espalda—. Brillabas en el vapor. Tu piel estaba húmeda, tus ojos vidriosos por el calor... y entonces envolviste tus brazos alrededor de mí y susurraste que me amabas. Creo que ese

momento me abrió de una manera que ni siquiera sabía que necesitaba.

La habitación se desvaneció a nuestro alrededor. Apreté mis dedos en los suyos.

—Me besaste como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Lo tenemos —dijo simplemente. Luego hizo una pausa—. Pero para que quede claro, si alguna vez volvemos allí, reservaré una piscina privada. Porque la pareja de alemanes que entró después de la segunda ronda probablemente sigue traumatizada.

Jadeé, escandalizada.

—¡Prometiste no volver a mencionar eso!

Se inclinó, sus labios rozando el contorno de mi oreja.

—Mentí.

Me sonrojé por dentro, escondiendo mi sonrisa en su hombro.

—Eres lo peor.

—Soy lo mejor que te ha pasado nunca.

—De alguna manera lo eres —susurré, y las palabras ya no me daban miedo. Solo eran ciertas. Ciertas, salvajes y suaves al mismo tiempo.

Bailamos así hasta que terminó la canción, y seguimos balanceándonos en el silencio, perdidos en el ritmo de un amor que había florecido de la rivalidad, ardido a través del desamor, y ahora se extendía hasta el infinito. El bebé se agitó una vez en mi vientre, apenas un susurro de movimiento, y puse mi mano allí, dejando que el momento se estirara y se asentara.

—¿Crees que nuestro hijo tendrá tu actitud o la mía? —pregunté en voz baja.

Dejó escapar una suave risa.

—Eso es perder por todos los frentes para los profesores.

—Quizás saque tu encanto y mi descaro.

—O tu fuego y mi terquedad.

—Definitivamente un rompecorazones
—dije—. Como su padre.

Me besó en la coronilla.

—Solo espero que baile. Como su madre.

Permanecimos allí un rato más, como lo hacen las personas cuando por una vez no hay nada urgente que les aparte. Solo la calma. El hogar. La sensación de que todo, finalmente, está exactamente como debe estar.

Eventualmente, me apoyé en su pecho y dije:

—Sabes que a Porter esto le va a dar asco.

—¿Qué, la felicidad?

—No. Nosotros. Estar asquerosamente enamorados delante de él. Ya sabes cómo es: actúa como si el romanticismo fuera un virus.

—Ya le toca contagiarse—murmuró Jonas, y luego suavizó el tono—. Trabaja demasiado. Como si fuera lo único que impide que el mundo se salga de su eje.

Lo miré.

—¿Crees que alguna vez dejará entrar a alguien en su vida?

Jonas asintió lentamente.

—Lo hará. Con el tiempo. Es un Sullivan. Todos nos enamoramos perdidamente. Incluso cuando luchamos como demonios contra ello.

Sonreí.

—Quizás ella sea la única persona que no le permita salirse con la suya y desaparecer como siempre.

—Oh, tendrá que ser dura como el infierno.

—Y paciente.

—Y probablemente guapísima —añadió—. Porter puede fingir que no le importa, pero el tío tiene buen gusto.

Nos sonreímos, ambos silenciosamente emocionados por el siguiente capítulo: la familia Sullivan estaba creciendo y nosotros contribuíamos a ello. No me preocupaba si los dos hermanos menores de Jonas se casarían y cumplirían los deseos de Slater. Sabía que los milagros existían porque tenía a Jonas. Pero

deseaba que todos pudieran tener un amor tan profundo como el que Jonas y yo teníamos.

—Espero que encuentre esto —susurré.

Jonas me besó de nuevo. Esta vez suavemente. Demorándose.

—Lo hará.

Fuera, el viento agitaba los árboles que bordeaban nuestro jardín. Una nueva casa. Un nuevo bebé. Un nuevo comienzo.

No necesitábamos una foto perfecta de luna de miel ni un anuncio ostentoso para demostrar nada.

Teníamos esto: pies descalzos sobre suelos de madera, risas resonando en habitaciones vacías, y un amor que comenzó en fuego y floreció en algo más suave, más profundo, inquebrantable.

El hogar no era un lugar. Era un sentimiento.

Y había encontrado el mío en el último lugar que jamás habría esperado: envuelta en los brazos del hombre que una vez juré que no podía soportar.

Ahora no podía imaginar un solo día sin él.